

PERDÍ LA IDENTIDAD QUE NUNCA TUVE

El relato del País Vasco
de Raúl Guerra Garrido

Pedro José Chacón Delgado

sepha

Primera edición, marzo de 2010

© Pedro José Chacón Delgado, 2010

© SEPHA Edición y Diseño, SL., 2010

Biedmas, 4

29008 Málaga

www.editorialsepha.com

pedidos@editorialsepha.com

Dirección editorial: Gonzalo Sichar Moreno

Pedro Chacón Pineda, padre del autor de este libro, en Basauri, año 1957. Al fondo, la trinchera del ferrocarril Bilbao-Madrid, por el que entraron a Vizcaya los inmigrantes de «allende el Ebro», en la segunda mitad del siglo XX.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96764-64-4

Depósito legal:

Imprime Publidisa

Printed in Spain - Impreso en España

INDICE

Clave de citas	11
A los cuarenta años de <i>Cacereño</i>	13
Introducción.	17
I.- La sobrerrepresentación de los vascos nativos	23
II.- La inmigración vasca como condición de identidad	33
III.- El precursor: de la identidad individual a la colectiva	41
IV.- El escritor, el novelista relata la identidad	47
V.- La inmigración provoca el nacionalismo.	53
VI.- La reescritura de la historia del País Vasco	63
VII.- Historiografía vasca cuando se publica <i>Lectura insólita de El Capital</i>	71
VIII.- Especificidad de Guipúzcoa dentro del ámbito vasco de inmigración.	75
IX.- La primera inmigración española al País Vasco	81
X.- Momentos álgidos de la historia vasca previa a la Guerra Civil	87
XI.- La Guerra Civil y la primera posguerra.	93

XII.-La segunda inmigración española al País Vasco .	99
XIII.- De maketo a cacereño	105
XIV.- El <i>apellidismo</i> : el peculiar racismo vasco	117
XV.- Los mestizos	127
XVI.- El viaje	131
XVII.- El pueblo	135
XVIII.- El urbanismo de la inmigración	139
XIX.- La congoja del inmigrante	143
XX.- La difícil integración	147
XXI.- Las dificultades de aprender euskera	155
XXII.- La violencia que lo impregna todo	163
XXIII.- El final del ciclo inmigratorio	169
XXIV.- El enigma de ETA	173
XXV.- El terror y el miedo	179
XXVI.- La tortura	183
XXVII.- Los escoltas	187
XXVIII.- La desmitificación de lo vasco	191
XXIX.- La identidad insólita de Raúl Guerra Garrido	203
XXX.- Una teoría de la acción	209
XXXI.- La identidad reencontrada	215
Apéndice	221

*A mi mujer y a mis hijas,
que hacen que me sienta libre*

CLAVE DE CITAS

Los libros de Raúl Guerra Garrido citados aquí son los siguientes (los enumero por orden de primera edición, aunque la manejada por mí sea posterior, que también indico; la clave de tres letras servirá a lo largo del libro para identificar la cita de manera abreviada):

Cacereño: Barcelona, Círculo de lectores, 1969 (1ª: Madrid, Alfaguara, 1969): CAC

Hipótesis, Barcelona, Destino, 1975: HIP

Lectura insólita de El Capital, Barcelona, Destino, 1977: LIC

Copenhage no existe, Barcelona, Orbis, 1984, (1ª: Barcelona, Destino, 1979): CNE

La costumbre de morir, Madrid, Cátedra, 1981: LCM

Escrito en un dólar, Barcelona, Planeta, 1982: EUD

El año del wolfram, Barcelona, Planeta, 1984: EAW

La mar es mala mujer, Madrid, Espasa-Calpe, 1990 (Madrid, Mondadori, 1987): MMM

La carta, Barcelona, Plaza y Janés, 1990: LCA

Tantos inocentes, Madrid, Espasa-Calpe, 1996: TIN

El otoño siempre hiere, Barcelona, Muchnick Editores, 2000: OSH

La soledad del ángel de la guarda, Madrid, Alianza, 2007: SAG

Como se puede apreciar, aquí no están todos los libros de Raúl Guerra Garrido. Pero los que están, como se verá en las páginas que siguen, forman la columna vertebral de este trabajo, algunos de ellos citados profusamente, otros de manera puntual pero con cierto matiz decisivo para mí, y por eso los incluyo en esta lista de cabecera. Los objetivos de este trabajo no precisaban abarcar toda la obra de este autor en su integridad. Cabe resaltar, en este sentido, la novela *El síndrome de Scott* (1993), que me interesa por otras razones ajenas a las que aquí voy a estudiar, o *La Gran Vía es Nueva York* (2004), o los cuentos y relatos cortos... Y hay, en fin, otras obras que, cuando menos, he consultado para escribir este trabajo y en alguna ocasión cito de manera quizás accesoria, y por eso no las incluyo en esta clave de citas. En cualquier caso, una puesta al día rigurosa de su obra, incluyendo todo lo que se editó de RGG hasta entonces, se encuentra en el imprescindible *Inventario de Raúl Guerra Garrido* (Fundación del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Junta de Castilla y León, 2005).

A LOS CUARENTA AÑOS DE *CACEREÑO*

A día de hoy son muy pocas las personas en el País Vasco (y proporcionalmente en el resto de España) que conocen y reconocen las obras de Raúl Guerra Garrido en correspondencia con lo que dichas obras significan para la cultura y el entendimiento entre quienes vivimos aquí, y ello a pesar de haber obtenido en 2006 el Premio Nacional de las Letras Españolas. Mucha gente pensó entonces que obtenía este reconocimiento por su compromiso cívico, pues poco después del asesinato de su íntimo amigo el periodista José Luis López de la Calle (el 7 de mayo de 2000) a Raúl, como si fuera el siguiente en la lista, le quemaron la farmacia familiar en San Sebastián y hubo de ir, a partir de entonces, con escolta. Y, en cambio, muy poca gente atribuyó ese premio a la profundidad de una obra que retrata como ninguna la historia del País Vasco de la Transición.

Este autor, de quien los nacionalistas siguen considerando que es un escritor “afincado o residente habitual en San Sebastián”, lleva en esta ciudad viviendo desde 1962, atraído, nunca mejor dicho, por su mujer Maite, persona crucial en su vida y también en su producción novelística; no en vano es la primera lectora de sus obras y se puede decir muy bien que, sin su ánimo y apoyo, algunas de esas obras, quizás las más comprometedoras para el autor, no se habrían publicado jamás.

En el año 2009 se han cumplido exactamente cuarenta desde que apareció su primera novela importante, *CACEREÑO* (MADRID, ALFAGUARA, 1969), donde trata de un inmigrante de un pueblo de Cáceres, llegado al País Vasco en los años sesenta, que quiere abrirse camino en una sociedad donde encuentra muchos motivos para sentirse un extraño. Y este aniversario es una buena excusa para reivindicar de nuevo, y de paso poner en su sitio, de una vez y para siempre, todo el conjunto de su producción novelística, de la cual el tema vasco ocupa un espacio central y verdaderamente estructurante.

Cuando desde el llamado constitucionalismo vasco se rehúye la adscripción a alguna identidad predeterminada y se habla de encuentro entre diferentes en el País Vasco, se debería tener en cuenta, a mi juicio, que una cosa es la ciudadanía vasca, a la que todos aspiramos, y otra bien distinta la identidad de que partimos, la que poseemos por tener un pasado y una memoria propia. Y que si bien el nacionalismo tiene muy consolidada y trabajada su propia identidad, quienes procedemos de la inmigración (y conformamos el grueso de ese constitucionalismo, no se olvide) no lo tenemos tan claro esto, y siempre corremos el riesgo evidente de que ese encuentro entre diferentes que se preconiza no sea más que la antesala de una absorción y anulación de identidades, por parte de la identidad vasca nativa, dejándonos a los sobrevenidos sin pasado, sin memoria y, en definitiva, sin nuestra propia identidad, que es cosa nuestra el ir construyéndola, el ir haciendo su relato, viviendo en el País Vasco, como vivimos, y no en cualquier otra parte de España, y a la vez asumiendo nuestra realidad actual, nuestra presencia aquí, pero también nuestros propios antepasados, que nos hacen en gran parte ser como somos, y que no son precisamente los mismos de quienes proclaman su pertenencia a un pueblo de 7000 años de antigüedad.

Las obras de Raúl Guerra Garrido estarían ahí, entre otras muchas razones, para impedir que este riesgo de anomia cultural de la inmigración al País Vasco pueda producirse.

Antes de continuar, quisiera agradecer expresamente a Félix Maraña su impulso inicial para emprender este proyecto. No puedo olvidar el ánimo y el entusiasmo que me inculcó entonces, la complicidad que sentí con él para la tarea que iba a emprender, la amistad que me ofreció y el hecho mismo de que me presentara al propio Raúl Guerra Garrido.

INTRODUCCIÓN

Durante treinta años el nacionalismo ha gobernado el País Vasco en régimen prácticamente de monopolio y, aunque ha perdido el Gobierno Vasco en las últimas elecciones autonómicas, hoy en día sigue manteniendo una influencia política y social incontestable sobre una mayoría de la población vasca, no sólo a través del poder que mantiene en las Diputaciones (que no olvidemos que son las que recaudan los impuestos) y principales Ayuntamientos (por ejemplo el de Bilbao, como ciudad y área metropolitana más influyente de la comunidad autónoma), sino mediante el control de los espacios de convivencia ciudadana, incluidos los festivos, los deportivos y los lúdicos en general y, sobre todo, a través de una identificación que desde fuera del País Vasco, en el resto de España, hace equivalente el discurso nacionalista con el discurso de toda la ciudadanía vasca en su conjunto.

Esto se ha ido consiguiendo, durante todo este tiempo, de dos modos diferentes y complementarios. Por una parte, gracias a la actuación del propio nacionalismo desde el poder político, con el manejo directo y exclusivo de ingentes cantidades de dinero procedentes del régimen de Concursos Económicos, lo cual le ha permitido, en todos estos años, tejer una tupida red de clientelismo a todos los niveles de la actividad económica del país (incluida, por supuesto y en un primerísimo puesto, la cultural). Y, por otra parte, gracias al

poder intimidatorio del terrorismo nacionalista (decimos lo de nacionalista porque es su característica fundamental, la que le permite poner como primer objetivo de su estrategia la independencia del País Vasco, y sólo luego, después de conseguida ésta, la de un Estado socialista, tal como reza su propaganda), perfectamente dirigido y orquestado en todas sus vertientes, tanto militares como civiles (incluidas las culturales, por supuesto), como ya resulta reconocido por todos, dentro y fuera del País Vasco, fundamentalmente desde las sentencias del juez Garzón: antes se pensaba, asumiendo como ciertas las declaraciones de los dirigentes políticos radicales tras cada atentado, que todo era producto de una extraña pero eficaz casualidad y confluencia de intereses y actuaciones emanadas directamente de un pueblo vasco oprimido.

El predominio del nacionalismo, como ideología política global en el País Vasco durante toda la Transición, ha venido también condicionado y fomentado por la consideración que desde el poder político español se le ha dado siempre al partido guía de esta ideología, al PNV, que, desde los gobiernos de Felipe González hasta el primero de Aznar, ha venido recibiendo (y asumiendo, por lo menos hasta sus acuerdos de Lizarra en 1998 con el nacionalismo radical) el privilegiado papel de ser el único instrumento del Estado español para mantener al País Vasco más o menos controlado. Era como si desde el Gobierno de España no se contara con ningún otro recurso o argumento posible para mantener al País Vasco unido a España que el que le proporcionara el sector más moderado o más pragmático del PNV. Durante todos estos años no ha habido, por tanto, una estrategia de Estado, ni intelectual ni política, que tuviera claro su papel en el País Vasco. Lo cual nos lleva a la triste conclusión de que en España sus élites intelectuales y políticas no han sabido interpretar adecuadamente el movimiento nacionalista vasco, ni los llamados nacionalismos periféricos en general, como lo que efectivamente son: manifestaciones de una profunda insolidaridad y deslealtad hacia el resto de la ciudadanía española (empezando de modo muy principal

por la que vive en sus propios ámbitos de actuación), atrincheradas en unos territorios que, por medio de una interpretación histórica sesgada y parcial, han considerado como de su propiedad exclusiva. Por el contrario, desde el Estado español siempre se ha favorecido la interpretación que los propios nacionalismos han hecho de sí mismos (que se ven como movimientos políticos reivindicadores de una cultura propia amenazada, que pugnan por su liberación respecto de un Estado central opresor e impositivo) y la única salida o solución que ha encontrado ante ellos ha sido la de concederles todo lo que pidieran hasta un límite que nadie ha querido o sabido poner nunca como definitivo.

Y las consecuencias de esta historia de despropósitos a la vista están: una de las mayores ha sido la de consolidar una cultura vasca amputada de todo lo que no tuviera que ver con la imagen que los nacionalistas han construido de ella. Cuando a los nacionalistas se les recuerda una y otra vez que hay otra cultura mayoritaria, además de la autóctona, dentro del País Vasco, ellos arguyen (pensando en abstracto, no en personas reales y concretas) que esa otra cultura ya tiene un Estado español detrás que la apoya adecuadamente. Esto va unido a la otra argumentación estrella, que suelen expresar los nacionalistas más pragmáticos o fiables (se eximen comillas), y que es aquella que parte de la consideración de que hay dos sensibilidades en el País Vasco, la vasca propiamente dicha y la española: adviértase que al hacer esto convierten automáticamente lo que ellos llaman sensibilidad española en algo ajeno al país, no propio de él (que se supone que si se llama “vasco” será por algo, ¿no?). Entonces, quienes viviendo en el País Vasco muestran una sensibilidad española es como si quedaran adscritos a un Estado español cuya presencia en el País Vasco sería poco menos que virtual: vivirían en el País Vasco, sí, ¡cómo negarlo!, pero quedarían, de facto, expulsados de él, ajenos a su destino, residiendo como de prestado, extranjeros en su propia tierra.

Ambas ideas procedentes del ámbito nacionalista y asumidas tal cual por el Estado español durante toda la Transición

(la de que, junto con la vasca, existe una sensibilidad española dentro del País Vasco y la de que el Estado español es quien se tiene que ocupar de ella, no el gobierno vasco, que sólo se ocuparía de servir a los intereses de quienes son propiamente vascos, esto es, de los nacionalistas) han sido comunes, naturalmente, a todas las autonomías con predominio nacionalista en España, o sea, País Vasco y Cataluña. Pero lo que en principio pudiera ser un argumento comprensible, visto desde fuera digamos, habida cuenta de la situación desigual en que está una lengua minoritaria como es el euskera, incluso dentro de su propia autonomía, respecto del español (que cuenta con potentes editoriales y con una influencia de primer nivel mundial), encierra una trampa que lleva muchos años (toda la Transición) sin ser desvelada adecuadamente y que consiste en considerar a la lengua no ya como un sujeto de derechos, por encima de sus propios hablantes, sino además como una especie de objeto de culto, al margen incluso de su mero valor comunicativo. De ese modo si tú expresas tu amor por esa lengua ya estarás dentro de la comunidad nacionalista vasca y dará lo mismo que la hables o que no, e incluso podrás recriminar a los demás que no la hablan, aunque tú no lo hagas tampoco: el ejemplo más conocido de esta actitud es el del senador Anasagasti.

Es de tal magnitud la inercia política implantada por el nacionalismo en el País Vasco durante todos estos años y en todos los ámbitos de su actuación, que el gobierno autónomo actual, el de los socialistas apoyados por el PP, no cuenta (al menos todavía) con argumentos culturales que no deriven directamente de los nacionalistas para hacer visible su sensibilidad diferenciada de la de éstos. Y así, en su toma de posesión en la Casa de Juntas de Gernika, en lo que quiso ser un signo de modernidad y distinción respecto de la anquilosada fórmula de los anteriores Lehendakaris, Patxi López tuvo a bien citar dos poemas, uno de una autora polaca, si no recordamos mal, traducido al castellano, y el otro en euskera de uno de los poetas de última generación, recién salido del horno privilegiado de las subvenciones culturales del nacio-

nalismo. Se cuidó muy mucho de citar a ningún autor vasco en castellano, para no empezar a molestar desde el principio al ámbito cultural nacionalista: como si a éste le hiciera falta algún motivo más para sentirse molesto que el de tener un Lehendakari de “sensibilidad española”.

En medio de este panorama, ciertamente desolador para quienes no aceptamos ninguna de las premisas de actuación del nacionalismo, nos encontramos con una obra que se ha mantenido ahí, silenciosamente, sin apenas llamar la atención, como dispuesta a ser degustada y apreciada en la intimidad, en el silencio, en el recogimiento. Creo que esta vertiente de la obra y de la personalidad de Raúl Guerra Garrido sería la primera que habría que ponderar en este autor y sobre todo, como se suele decir, “dados los tiempos que corren”: su permanente alejamiento del ruido mediático en toda su trayectoria literaria, salpicado por fugaces entrevistas en los medios a raíz de la publicación de cada una de sus novelas. Una actitud en la que ha perseverado siempre hasta su forzado pase a la condición de víctima con escolta, algo que ocurre en el País Vasco por el solo hecho, normal en cualquier sociedad civilizada, anormal en la generalidad de la población vasca durante toda la Transición hasta hace poco: protestar en público por el salvajismo, la crueldad y la inhumanidad del terrorismo vasco.

Esa condición de víctima a su pesar es, estamos seguros de ello, lo peor que le podría haber pasado y lo peor que lleva, en definitiva, de su faceta de autor de novelas, de escritor en permanente aprendizaje de su oficio, que es como más le gusta definirse a sí mismo. Y esto lo podemos afirmar a ciencia cierta, una vez conocidos tanto el autor como su obra, la cual refleja, con una hondura y densidad literaria como ninguna otra de las generadas en la historia vasca de la Transición, esta situación de marginación cultural a la que se ven sometidos por las instancias políticas y oficiales quienes cultivan y enriquecen la lengua castellana o española en el propio País Vasco.

Porque, al fin y al cabo, ¿alguien reconoce hoy en día en el País Vasco, o en España, a Raúl Guerra Garrido –Premio Nacional de las Letras Españolas 2006– como un escritor vasco (y enfatizo lo de vasco)? Lo cierto es que estamos ante un autor de una trayectoria larga y fecunda que obtuvo también, entre otros premios, el Nadal de 1976, cuando todavía no se sabía lo que iba a dar de sí la Transición que entonces apenas comenzaba; un autor y una obra que a día de hoy no han recibido la más mínima consideración literaria por parte de la cultura y la sociedad vascas.

Después de casi cincuenta años viviendo en el País Vasco y de cuarenta años publicando, siempre en editoriales de primera fila, con más de media docena de novelas expresamente centradas en la realidad vasca –algunas de ellas claves para entender su historia contemporánea– y otras tantas con multitud de alusiones y referencias al mismo tema, hay mucha gente que incluso le cuestiona su condición de vasco y que le sigue considerando, en todo caso, un escritor “afincado o residente habitual” en San Sebastián.

Este libro pretende explicar por qué se produce esta anomalía en la literatura vasca, y de paso española, que trasciende lo puramente cultural y se instala en la entraña de su sociedad. Algo así sería impensable en cualquier otra parte de nuestro entorno europeo y sólo puede calificarse, parafraseando el título de una de sus obras mayores, de insólito, ciertamente insólito. Esta marginación cultural de Raúl Guerra Garrido en la propia tierra vasca en la que ha escrito todas sus obras, y que la reflejan de un modo tan veraz y profundo, ha ido dando como resultado, al cabo de todos estos años, una desconsideración palpable hacia el propio autor en el ámbito español de las letras por parte de quienes, ateniéndose a la lógica autonómica que prima en la cultura española de la Transición hasta hoy mismo, han decidido, sin más averiguaciones, que si un autor no descuella en su propia autonomía, ¿cómo puede aspirar luego a ser valorado en el resto del Estado...?